

## El pensamiento se hace en la boca (Sobre *Asteroides* de Raúl Gustavo Aguirre)

por Enrique Foffani.

La edición póstuma de *Asteroides* tardó veinticuatro años desde 1975, la fecha en la que el poeta Raúl Gustavo Aguirre (1927-1983) terminaba de preparar y escribir el prólogo a aquel volumen, recientemente aparecido (abril de 1999), en el que reunía todos los libros de aforismos, algunos ya publicados o sólo parte de ellos y otros que eran en aquel momento todavía inéditos. A ese prólogo, por muchas razones paradigmático, el poeta lo tituló *Dos palabras*. Como si no hiciera falta en señal de presentación más que eso: un par de palabras en consonancia con la elección de una escritura de la brevedad. El lapso que media entre aquel momento y éste, en el que por fortuna se sustancia el proyecto y se hace finalmente justicia, no ha cometido más perjuicio que la demora en ver la luz. *Asteroides* resiste el tiempo de una manera asombrosa, no tanto porque el riesgo del anacronismo sea en última instancia el riesgo que todo libro debe correr, sino porque la naturaleza del aforismo trabaja —y tal vez lo haga con demasiada fe— la creencia de que su escritura está a salvo de toda posible caducidad. Se ha dicho muchas veces que el aforismo como forma oculta un saber demasiado seguro de sí mismo y ensoberbece una verdad alcanzada con antelación, como si de pronto el aforista (que en el caso de Aguirre y de tantos otros es, en el fondo, un poeta) tuviera la dicha inconmensurable de poseer al fin la certidumbre a través del lenguaje. Con resabios de la lengua oracular y restos arcaicos todavía latentes en su paremiología secular, los aforismos no son la manifestación de la voz autoritaria ciega a su propia verdad y ávida por imponerla.

Si algo como lectores de este libro de Aguirre nos sorprende, no es otra cosa que su contemporaneidad, mensurable de un modo categórico en el hecho de que su demora lejos de trabajar en detrimento de su vigencia parece haberla fortalecido mucho más, sobre todo si se piensa en todo lo que ha pasado en el mundo contemporáneo de estas casi tres últimas décadas. ¿Cómo es posible que la escritura aforística pueda devenir moderna y abjurar tanto de la verdad con modestia muchas veces y con cierta autosuficiencia otras? ¿Cómo es

posible que la poesía de Aguirre ligada con cierto vigor pero no lo suficiente como para quedar indisolublemente amarrada a los principios vanguardistas se incline por el aforismo cuando se sabe hasta qué punto su elección implica una vuelta a la tradición más arcaica? ¿Cómo es posible que estas formas breves de escritura obtengan todavía la fuerza de permanecer porosas a los avatares del mundo contemporáneo y extraer de ella ya no un envase sino *una forma* capaz de seguir redituando sentido? La respuesta no se hace esperar demasiado a juzgar por todos aquellos poetas o pensadores que en nuestra contemporaneidad han recurrido al aforismo con desesperación, con desasosiego, casi con terror.

Esta es la palabra atroz y llena de resonancias que usó Cioran para definir el aforismo: sólo el terror, escribió el filósofo rumano, lleva a elegir esta forma, el terror que subyace en medio de las palabras, el terror del derrumbe de todas las palabras. Es cierto: la modernidad enfrentó el terror del más absoluto desamparo a la dimensión del lenguaje. Auschwitz hizo posible que las palabras estuvieran a punto de derrumbarse para siempre, si no fuera porque el silencio es otra forma de la palabra, su elocuente retracción, su presencia en retirada pero en absoluto vencida como para declarar que una es la muerte de la otra. El silencio en la mística o en la poesía de Mallarmé ya no es lo otro de la palabra, sino el cuerpo que necesita para respirar. No en otro sentido es posible afirmar que la obra aforística de Raúl Gustavo Aguirre encuentra la misma lucidez a la que apostaba Cioran, esa lucidez desnuda que sabe que tarde o temprano las palabras llevarán irremediablemente a la experiencia del silencio. O al vacío-nada de Mallarmé. O a la lengua-horror de Paul Celan que le hace elegir la lengua de los genocidas para hablar de la poesía.

En 1981 Raúl Gustavo Aguirre publicó un ensayo excepcional: *El aforismo: aproximación a una forma*. Allí planteaba la idea de que esta forma versátil había podido, a partir de fines del siglo XIX, encarnar en el discurso poético. Aun si desde su perspectiva crítica es totalmente discutible la fundamentación histórica de dicho origen y el modo un poco ingenuo con el cual explica la asunción por parte de la poesía del aforismo, los cuatro ejemplos que da Aguirre tienen al menos la virtud insoslayable de haber cultivado la escritura aforística y no de un modo circunstancial: Ramón Gómez de la Serna

(1891-1963), Antonio Porchia (1886-1968), José Antonio Ramos Sucre (1890-1930) y José Bergamín (1897). De hecho, Porchia, un escritor nacido en Italia pero que vivió en Argentina, hizo del aforismo el único camino en el que pudo plasmar toda su obra cuyo título no deja de ser significativo: *Voces*, un plural polifónico de ideas, intuiciones, corazonadas, pensamientos, creencias que devienen, en virtud del trabajo de condensación al que somete su conceptismo y su imaginario, pequeños poemas. En el mencionado ensayo Aguirre planteaba que el aforismo como forma había invadido a la poesía (o la literatura). Sólo desde una postura formalista y la convicción de que la literatura posee su propia especificidad, Aguirre podía sostener el concepto de "invasión" y naturalizarlo después a la luz de la idea de que la poesía podía en efecto incorporarlo y asumir una forma vuelta parte esencial de ese cuerpo.

Es posible que la orientación del proceso de mezcla fuera en realidad contraria a la descrita por el poeta: no sería tanto el aforismo el que invade a la poesía como la capacidad asombrosamente fágica del género lírico para apropiarse de otros discursos o de otras formas para constituirse a sí mismo. Lo que yace fuera de toda discusión, es la tremenda lucidez con la que Aguirre habrá de cultivar el aforismo (*Asteroides* está compuesto de veintitrés libros y completan un trayecto temporal que va de 1952 a 1976) y de investigar sobre su historia, su génesis y lo que podríamos denominar bajo la óptica de la tradición occidental su práctica concreta. Este hecho no sería tan crucial si no tuviéramos en cuenta que la práctica aforística en el caso de Aguirre no reúne sólo al poeta con el crítico o investigador de la literatura. En ella converge también el docente, el profesor de literatura, una figura imprescindible a la hora de leer su biografía y también su poesía atravesada por una claridad meridiana que parece democratizar la experiencia poética sin sacrificar los matices de la significación. No es que planteemos la existencia de un maestro que, por debajo de la enunciación poética, estuviera velando por la pedagogía de la lengua. Todo lo contrario, Aguirre trabaja con "claridades" a la manera como podemos aprehenderlas en el mundo físico: conglomerados de luz, masas de resplandor, horizontes que reverberan en las palabras con la misma intensidad material del universo.

Aguirre dice porque practica y conoce, conoce porque practica y dice,

practica porque conoce y dice. Esta triangulación entre el poeta, el aforista y el profesor remiten a la extremada densidad y el fidelísimo compromiso que el aforismo parece haberle ofrecido a Aguirre, a juzgar por los veintitrés libros que componen *Asteroides*. Ellos son: *Cuaderno de notas* (1952-1956), *Redes y violencias* (1952-1956), *Alguna memoria* (1952-1957), *Anábasis del caracol* (1952-1961), *Referencias* (1959), *En el país de los monstruos* (1960), *Hasta que venga una gran tormenta y mate al mundo* (1960), *El gaitero de Nicklashausen* (1961), *El borde* (1961), *En el filo de la noche* (1962), *Vivir* (1962), *Varillas de mi jardín* (1968), *Alrededores* (1968), *Olas* (1962-1969), *Miradas* (1969), *Incisiones* (1970-1971), *Breviario* (1971), *Resplandores* (1972-1973), *Inmediaciones* (1973), *Complementos* (1974), *Delimitaciones* (1975) y otras *Delimitaciones* (1976) que fueron agregadas en esta edición al proyecto original de Aguirre. El hecho de que la escritura aforística haya significado una persistencia en la obra de Aguirre, implica menos una virtud en sí misma que el índice de una fidelidad, de una pasión que fue comprometiendo todas sus facetas intelectuales —y por qué no pensar a su vez que consistió casi en una “forma de vida” si entedemos por ella el vértice en que confluyen el orden de la vida y el orden de la escritura—: el traductor Aguirre traduce los aforismos de René Char, uno de los poetas que más gravitan en la obra del argentino, asimismo y como no podía ser de otro modo involucró al lector-Aguirre y al antólogo y hasta el teórico literario, tal como podemos corroborarlo en el fino análisis que despliega en el ensayo citado.

La escritura del aforismo —que para el poeta argentino Rodolfo Alonso, y compañero de ruta además del *Movimiento Poesía Buenos Aires*, es la parte más profunda, la más densa y la más original de su obra— es la zona de una pasión incandescente. Si es densamente original, no lo es porque toque o roce las verdades más profundas, ésas que en la historia de la metafísica occidental aparecen envueltas bajo los velos del esencialismo. Las suyas se acercan, en todo caso, a la visión deslumbrante y fragmentaria como la de los primeros textos presocráticos donde no era posible delimitar el territorio de la poesía y el del pensamiento filosófico. Pero su propuesta significa algo más que este lugar común ya dicho por la crítica: Aguirre logra hacer del aforismo un fragmento, suspende el remate del sentido que aquél sellaba de manera absoluta, inacaba el

ideal de completud que siempre había pretendido. En una palabra: el aforismo se vuelve moderno y, en su caso particular, específicamente vanguardista, lector y teórico como era de la vanguardia histórica de las primeras décadas de este siglo. De hecho no hay que olvidarse de que, entre sus innumerables publicaciones, escribió *Las poéticas del siglo xx*, un estudio clásico e imprescindible en el que indaga esa categoría evanescente y sumamente lábil de “lo nuevo” que tanto esfuerzo le costó a Theodor Adorno a lo largo de *Teoría estética*.

Es cierto que, si Aguirre enfrenta aforismo y vanguardia, ello es posible gracias a la tradición innovadora que inauguraron en los umbrales de la modernidad pensadores de la talla de Nietzsche, autor de estas formas breves al igual que Schopenhauer quien escribió “Aforismos sobre la sabiduría de la vida”. No es casual que filósofos como los nombrados apelen al aforismo, accedan a una forma asistemática y menos impelida al encuentro siempre problemático con la Verdad, remontándose por un lado a una tradición arcaica pero al mismo tiempo aventurándose a sacrificar los arduos edificios de la filosofía a una apuesta que los acercaba demasiado a la poesía. No menos importante en el caso de Aguirre fue la propia tradición de su lengua con los cuatro escritores citados al comienzo de este ensayo y con otros poetas que seguramente leyó y que están vinculados de un modo diferente con los movimientos de la vanguardia argentina. Tal es el caso si pensamos en los aforismos de Baldomero Fernández Moreno, los ambages de su hijo César, los membretes de Oliverio Girondo, las así llamadas “astillas verticales” de Roberto Juárez. Conceder extraordinario como era de la poesía moderna, es evidente que todos estos ejemplos debieron de ejercer en él la impronta que toda tradición leída suele desplegar en la escritura de un poeta.

En este juego de préstamos y deudas, Aguirre elabora un libro que no sólo inscribe la lección aprendida sino, sobre todo, una obra propia en la medida en que da cuenta de una experiencia personal, íntima, intermitente, comprometida con la poesía. Eso es lo que la escritura aforística revela en negativo: ese contacto raigal con lo poético. Quizás no sería desacertado considerar sus *Asteroides* como la autobiografía de una vida dedicada a la labor multifacética que en él exigió de un modo deslumbrante la poesía. No sólo porque en estos veintitrés libros de aforismos uno de sus temas dominantes sea

lo poético y todas sus *inmediaciones* ya sean artísticas, ya sean empíricas. Fundamentalmente porque el lector de *Asteroides* se encuentra con una autobiografía en clave estética, como si la vida del poeta se concentrara como acontecimiento vital en la fortuna cambiante de las ideas acerca de la poesía. Lo que corresponde a la esfera vital, el aforismo —se sabe— lo desviste de lo específico y lo escribe como una experiencia común, como una zona de pertenencia de todos garantizada por una concepción comunitaria del lenguaje.

El título del libro es acertado: es una colección de pequeños textos compuestos de pequeños aforismos compuestos de corpúsculos de palabras. Despojamiento, desasimiento, adelgazamiento o como el mismo autor arguye como explicación de su génesis: un estallido que tuvo lugar en su cabeza. El estallido de un planeta desconocido que estalló en la cabeza del poeta. Es el estallido de la lucidez, de la reflexión y, al mismo tiempo, lo que queda de él, sus filamentos, los asteroides de aquel planeta originario que ya no existe más que en esos restos de la explosión. Aguirre parece homologar lo más genuino de su escritura aforística con el movimiento de una ruptura, de un estallido casi cósmico, inmemorial, como si pretendiera en el fondo —tal vez pueda ser éste su sueño más vanguardista, su utopía más deseada— convocar un lenguaje primordial como lo había intentado Vicente Huidobro en el canto séptimo de su libro *Altazor*, como antes lo habían ensayado los poetas dadaístas. El mismo Aguirre en su libro *Las poéticas del siglo xx* escribió sobre la lengua poética-dadá lo que podría ser, de alguna manera, su propia búsqueda: la idea de que el pensamiento se hace en la boca, es decir, que la palabra antecede al pensamiento, “capaz por sí sola de crear una materia para el pensar, un mundo, una realidad”. *Asteroides* es la galaxia-Aguirre: ya no hay una verdad sino atomizaciones de ella, resquebrajamientos, naufragios de ideas que sobrevivieron del cataclismo. En una entrevista dada al crítico argentino Jorge Lafforgue en el año 1979 había expresado que su verdadero propósito había sido *anotar relámpagos*, es decir, escribirlos, volverlos letra, situarlos en ese cerco de proximidad que es todo aforismo si recordamos que su etimología griega apela a un bordear y circunscribir un límite. *Anotar relámpagos* es captar lo instantáneo, capturar su fugacidad. Este libro es extremadamente moderno por aquella idea-aforismo de Nietzsche de que leer en la modernidad homologa al hombre a

la vaca. Ambos rumian: a nadie se le ocurriría leer el catálogo de aforismos de una sola sentada. O como escribió Roland Barthes: leer comienza cuando el lector levanta la vista del libro y la posa allí en ese punto suspendido en el aire. Los aforismos de Aguirre rumian las palabras y extraen de ellas un pensamiento incisivo, fulminante, fugaz.